JORNADA MULTICOLOR

Mayor Circulación Sudamericana

Sección Magazine de JORNADA MULTICOLOR para toda la República, con vasto y ameno material de lectura, notas de interés universal, páginas de alta valía literaria, especialmente seleccionadas para el público argentino

Sábado 6 Feb. 1932



Carnaval Porteño

POR A. R. FUENTES

Ilustró ARISTIDES RECHAIN

El carnaval porteño se ha refugiado en los bailes. Hacía algunos años que venía reduciéndose cada vez más a los corsos: por lo visto, no le gusta andar desparramado. Ahora parece resuelto a meterse en las salas teatrales y a danzar allí bulliciosamente de la cena a la madrugada. En las calles va raleando de tal modo, que cuesta verlo. Apenas el paso del pibe de pelotari vasco o de granadero o de jugador de Boca Juniors que va con la mamá a retratarse paquete, para la historia familiar, o el bombazo avieso recibido en la nuca con expansión dorsal cosquilleante nos advierten de la existencia carnavalesca.

* * *

Sin embargo, hubo un tiempo, no muy lejano, en que el carnaval porteño era callejero y hasta tenía carácter. Era el tiempo anterior a la guerra (esa guerra que ha puesto límite a tantas cosas, buenas y malas), cuando el auge de la sociedades recreativas, muchas de las cuales, además de su ordinario cuadro filarmónico, tenían un grupo atlético, su orquesta, su coro o su comparsa para los cuatro días y las cuatro noches habituales por año de carnaval.

Entonces se hicieron famosos en Buenos Aires aquellos desfiles de La Marina, comparsa absoluta, con mujeres y hombres, niñas y niños, disfraces almidonados, orquesta, coro, formación matemática, disciplina militar, estandartes, emblemas, medallas, cintas, comisarios de columna en marcha y director. La Marina imponía a los mayores por las calles del centro y por los suburbios, y arrastraba a los pibes. Competía en todos los concursos y siempre ganaba premios.

¿Y el Círcolo Mandolinístico Italiano? ¿Quién de aquellos tiempos no recuerda la suave y lenta ráfaga de las mandolinas que pasaban por la Avenida o por Almirante Brown atreviéndose con el intermezzo de "Cavalleria" o con la marcha de "Aída" o con una canzoneta? También el Submarino Peral ha dejado memoria: era la más auténtica comicidad en la solemnidad. Y los Rezagos de la Pampa, con su carromato convertido en rancho campero, sus gauchitos de barbijo, sus Jesusas de vincha y, por si acaso, unos indios embetunados azuzando las bestias. Y Los Saltimbanquis, una familia numerosísima, con ambos sexos, con todas las edades, con todos los grados de la parentela, con ceñidos peleles verdes, en la que el padre se echaba al hombro al tío, el tío al sobrino, el sobrino al primo, el primo a la prima, etc., etc., hasta formar una pirámide humana elástica que coronaba graciosamente, en ademán de Mercurio volador, el nieto último, un vivaracho diablillo. No podía uno dejar de contener la respiración ante aquella asombrosa acrobacia. Cuando se deshacía a saltitos de goma la pirámide, se alentaba profundamente, se aplaudía y se esperaba que el jurado otorgese el primer premio.

* * *

Aquellas comparsas fueron delicia de chicos y grandes, durante muchos años, en las calles entonces más chatitas de nuestra ciudad. Junto a ellas estaban las máscaras sueltas infaltables: el pibe disfrazado de "P. B. T." (periodista de sobretodo largo, galerita, máquina fotográfica y pluma de ganso) y el italiano en gaucho cocoliche o en conde antiguo. El gaucho cocoliche es acaso la genuina representación del carnaval porteño. Su personaje más tragicómico, el verdulero de conde. Había que ver por el corso el conde tras su careta, muy tieso, muy jarifo, luciendo una percha sin tacha. A las 6 horas de paseo y ceremonias con otros dos o tres del mismo disfraz bajo un cúmulo de trapos y cartones y con un calor de todos los demonios, el italiano tomaba la calle paralela, en sombra, se quitaba la careta, dejando al descubierto unos tremendos mostachos, resollaba, se enjugaba el sudor y se arrugaba súbitamente, como un monigote de goma desinflado.

¡Lo que ha sufrido en pleno verano por darse un gusto, el conde del corso! Pero no le compadezcamos. Aquel hombre se divertía a su modo y no hacía a nadie el menor mal. Finalizado el corso, con todo el almidón en estado lamentable, el hombre, que se sentía orgulloso de su patriada, se iba a la pizzería a encajarse entre pecho y espalda su buena superficie rociada y su vinito reconfortante; y luego, a casa, amontonar al pie del catre el rumboso disfraz alquilado en la atrezzería del teatro vacante, hasta la mañanita del lunes, en que había que empuñar de nuevo el palo balancín y echarse al brazo las cestas para largarse a Abasto.

Tuvo color en aquellos tiempos el carnaval porteño. Era lo único que puede ser esta fiesta si ha de ser: una diversión cándida, un ridículo francamente consentido y un no se me importa con tal de darse el gustazo de adoptar el exterior de una ambición íntima o de titear al vecino, o de lucir una habilidad personal.



¿Porqué la Familia no es ya Una Causa de Felicidad?

BERTRAND Rusell es uno de los grandes espíritus de nuestro tiempo. Matemático de profesión (y gran matemático), siente una irresistible vocación por los temas sociales, siempre en procura de soluciones de los problemas humanos. Dijérase que se desvive por hallar un nuevo recurso de felicidad para los hombres. A este propósito – a buscar un ápice de felicidad humana – está dedicado totalmente su último gran libro, "La conquista de la felicidad", del cual resumimos el excelente capítulo en que el autor estudia las condiciones de la felicidad en la familia.

Ilustró PREMIANI

DE todas las instituciones que hemos recibido del pasado, ninguna se halla tan desorganizada y desquiciada como la familia. El cariño de los padres por los hijos y de los hijos por los padres es capaz de constituir uno de los más importantes motivos de felicidad; pero, de hecho, en el noventa por ciento de los casos, las relaciones entre padres e hijos constituyen actualmente una fuente de desgracia para ambas partes, y en el noventa y cinco por ciento de los casos, un motivo de desgracia para una de las dos partes. Este fracaso de la familia para proporcionar la satisfacción fundamental que en principio es capaz de producir, constituye una de las causas más profundas del descontento reinante en nuestra época. El adulto que desee estar en buenas relaciones con sus hijos o proporcionarles una vida feliz, debe reflexionar profundamente acerca de la paternidad y actuar prudentemente, en consecuencia. El asunto de la familia es muy vasto para que tratemos de él en este libro en aspectos que no se refieran directamente a la conquista de la felicidad. Y aun dentro de este aspecto, sólo nos referiremos a las mejoras que están al alcance individual, prescindiendo de alteraciones en la estructura social.

LA MUJER Y EL MATRIMONIO

Esta es, naturalmente, una gran limitación, porque las causas de la desgracia familiar en nuestros días son de naturaleza psicológica, económica, social, política y educativa. Por lo que se refiere a los sectores acomodados de la sociedad, dos son las causas que conjuntamente han inducido a la mujer a considerar la maternidad como una carga mucho más pesada que en épocas anteriores. Estas causas son, de una parte, el acceso de las mujeres a las profesiones y carreras, y de otra, la crisis del servicio doméstico. Antiguamente, las mujeres se encaminaban al matrimonio para huir de la vida insoportable de las solteronas. La solterona tenía que vivir en el hogar en dependencia económica, primero con respecto al padre, y más tarde con relación a un hermano predispuesto contra ella. Ni tenía ocupaciones para pasar el tiempo, ni libertad para divertirse fuera de las paredes de la casa familiar. No tenía posibilidades ni inclinación hacia las aventuras sexuales, que le parecían una abominación fuera del matrimonio. Si, a pesar de sus guardianes, perdía su virtud seducida por las artes de un don Juan cualquiera, su situación era insostenible. De ello se habla detenidamente en "El vicario de Wakefield":

"La única solución para ocultar su culpa, para esconder su vergüenza de todas las miradas, para conseguir el arrepentimiento de su amante y su compasión, era la muerte."

La solterona de hoy no piensa en la muerte ante las circunstancias. Si ha recibido una educación adecuada, no encuentra dificultad alguna para vivir cómodamente y vivir con independencia de la aprobación paterna. Al perder los padres su poder económico sobre los hijos, han tenido buen cuidado de no desaprobarlos moralmente; a nada conduce regañar a una persona que no está dispuesta a tolerarlo. La mujer joven que tiene una profesión y no se casa, puede vivir muy agradablemente siempre que no piense en tener hijos y que sea de una belleza o talento corrientes. Pero si desea tener hijos, no tiene más remedio que casarse y verse obligada casi siempre a perder su empleo. Entonces tiene que descender bastante del nivel de vida a que se había acostumbrado, pues es muy posible que los ingresos de su marido no sean mayores que los de ella, teniendo que sostener a toda la familia. Después de haber gozado de independencia, se ve obligada a pensar mucho en los gastos más insignificantes. Por todas estas razones esta clase de mujeres duda mucho antes de decidirse al matrimonio. La que, sin embargo, se decide, tiene que afrontar un problema que anteriormente no existía: la escasez y mala calidad del servicio doméstico. A consecuencia de ello se encuentra ligada a su casa, obligada a realizar un sinnúmero de faenas indignas de su educación y de sus aptitudes, o, en el caso de que renuncie a ellas, pierde su humor regañando a criadas negligentes.

Por lo que se refiere al cuidado físico de sus hijos, si se ha tomado el trabajo de estudiar puericultura, comprende que es imposible, sin grave peligro de un desastre, encomendar sus hijos a nodrizas o confiar a otras personas las precauciones más elementales en materia de higiene y de limpieza, a menos que pueda pagarse el lujo de una nodriza que haya adquirido un título costoso. Abrumada bajo el peso de detalles triviales, puede darse por muy satisfecha si no pierde todo su atractivo y la mayor parte de su inteligencia. Con mucha frecuencia, por el mero hecho de cumplir con su deber, tales mujeres se hacen insoportables para sus maridos y para sus hijos. Cuando vuelve el marido de su trabajo, la mujer aburre si habla de sus preocupaciones diarias, y si no habla de ellas, es una inconsciente. En las relaciones con sus hijos, los sacrificios que ha hecho por ellos no se le olvidan nunca y es casi seguro que ha de pedir una recompensa mayor de la que puede esperar, aparte de que el hábito constante de atender a detalles insignificantes la hará quejumbrosa y estrecha de entendimiento. Esta es la más perniciosa de todas las injusticias que tiene que sufrir; el perder el amor de su familia por haber cumplido con sus deberes para con ella, pensando que si los hubiese desdeñado viviendo alegre y atractiva, tal vez hubiese conservado su cariño.

LA FAMILIA Y LA DEMOCRACIA

Estas molestias son esencialmente económicas, y hay que mencionar otra igualmente grave. Me refiero a las dificultades de encontrar casa, a consecuencia de la concentración de la población en las ciudades grandes. En la Edad Media, las ciudades eran tan rurales como el campo de hoy. Los niños cantan todavía esta canción de cuna:

> Encima de la torre de San Pablo
> hay un árbol cuajado de manzanas.
> Los chiquillos de la ciudad
> van con largos palos a tirarlas,
> y luego corren de seto en seto
> hasta llegar al puente de Londres.

La torre de San Pablo ha desaparecido, y yo no sé en qué fecha desaparecieron los setos entre San Pablo y el puente de Londres. Hace muchos siglos que los niños de Londres no pueden divertirse, como se cuenta en estos versos; pero hasta hace poco tiempo, la mayor parte de la población vivía en el campo. Las ciudades no eran muy grandes, era muy fácil salir de ellas, y era muy corriente que muchas tuvieran jardines. Ahora hay en Inglaterra una enorme preponderancia de la población urbana sobre la rural. En América esta preponderancia es todavía pequeña, pero aumenta rápidamente. Ciudades como Londres y Nueva York son tan enormes, que se necesita mucho tiempo para salir de ellas. Los que viven en la ciudad, tienen que conformarse, por lo común, con un piso junto al cual no hay una pulgada de tierra, y con un espacio mínimo para los que tienen poco dinero. Si hay niños, la vida de un piso es dura. No hay habitaciones para que jueguen, y los padres no pueden verse libres de sus ruidos. En consecuencia, los hombres de carrera y pretensiones, tienden cada vez más a vivir en los suburbios. Ello es indiscutiblemente deseable, desde el punto de vista de los hijos; pero aumenta considerablemente la fatiga de los padres y disminuye mucho su participación en la vida familiar.

Pero no es mi intención discutir temas tan amplios y tan alejados del problema que ahora nos interesa; lo que puede hacer el individuo para ser feliz. Nos acercamos a este problema al analizar las dificultades psicológicas que existen hoy en las relaciones de los padres con sus hijos, y que constituyen una parte de los problemas planteados por la democracia. Antiguamente había esclavos y señores; los señores mandaban y tenían cariño a sus esclavos, porque contribuían a su felicidad. Tal vez los esclavos odiaban a sus poseedores, aunque ello no era tan corriente como las doctrinas democráticas aseguran. Pero en el caso de que el odio existiera, los señores no se daban cuenta de él y seguían siendo felices. Con la aceptación general de las teorías democráticas, todo esto cambió; los esclavos perdieron su conformidad, y los señores comenzaron a dudar acerca de sus derechos. Se inició la lucha y comenzó la perturbación en ambas partes. No digo esto como argumento contra la democracia, porque estas perturbaciones son inevitables en toda evolución de importancia. Pero tampoco hay que negar el hecho de que en los períodos de transición el mundo es desgraciado.

EL DESCENSO DE LA NATALIDAD

El cambio operado en las relaciones entre padres e hijos es un caso particular de la extensión general de la democracia. Los padres no están ya seguros de sus derechos para con sus hijos; los hijos no creen ya que tienen el deber de respetar a sus padres. La virtud de la obediencia, que antes no admitía discusión, hoy ha pasado de moda, y es muy justo que así sea. El psicoanálisis ha aterrorizado a los padres conscientes ante el daño que pueden hacer a sus hijos inconscientemente. Si les besan, puede surgir el complejo Edipo, y si no les besan, pueden sentir furiosos celos. Si les mandan hacer ciertas cosas, pueden despertar en ellos el sentido del pecado; si no lo hacen, los niños pueden adquirir hábitos indeseables. Cuando ven a sus hijos chuparse el dedo, se imaginan una enormidad de cosas, pero no saben qué hacer para impedirlo. La paternidad, que solía ser un ejercicio triunfante del poder, ha devenido tímida, ansiosa y llena de dudas conscientes. Los antiguos placeres sencillos han desaparecido, y precisamente en los momentos en que a causa de la libertad de las mujeres solteras, la madre ha tenido que sacrificarse mucho más que antes al decidirse a la maternidad. En estas circunstancias, las madres inconscientes exigen a sus hijos demasiado, y las madres conscientes reprimen su cariño instintivo y se hacen tímidas; las madres inconscientes buscan en sus hijos una compensación por las alegrías de que han tenido que privarse. En ambos casos, la parte afectiva del niño se apaga o se estimula con exceso. Y en ninguno de los casos existe la felicidad sencilla y natural que es la bendición de la familia.

En vista de tales preocupaciones, ¿cómo asombrarse del descenso de la natalidad? El descenso general de la natalidad ha llegado a un punto que demuestra que la población comenzará pronto a disminuir; pero en las clases acomodadas hace tiempo que se registra este fenómeno, no sólo en Inglaterra, sino en todas las naciones más civilizadas. No hay muchas estadísticas acerca de la natalidad entre las gentes acomodadas, pero hay dos hechos que merecen señalarse en el libro citado de Jean Aylin. En Estocolmo, durante los años 1919-1922, la fecundidad de las mujeres con alguna profesión era de una tercera parte con relación a la población total, y entre las cuatro mil graduadas de Wellesley College (Estados Unidos), en el período de 1896 a 1913, el número de niños es de unos tres mil, siendo necesarios para prevenir la disminución de la población ocho mil niños, y que ninguno de ellos se muriera. No cabe duda de que la civilización producida por las razas blancas tiene esta singular característica, que los hombres y las mujeres que la adoptan se hacen estériles. A mayor civilización, mayor esterilidad; los menos civilizados son siempre los más fecundos, y entre estos dos extremos hay una gradación continua. En la actualidad, los sectores más inteligentes de las naciones occidentales se están extinguiendo. Dentro de muy pocos años las naciones occidentales disminuirán su población total, a menos que llenen sus huecos con la inmigración de países menos civilizados. Y tan pronto como los emigrados adquieran la civilización de su país adoptivo, se harán a sus vez comparativamente estériles. Es evidente que una civilización de estas condiciones es inestable; a menos que pueda obligársele a reproducirse, más tarde o más temprano tiene que morir y dejar paso a otras civilizaciones en las cuales el instinto de paternidad es lo bastante fuerte para impedir el descenso de la población. Los moralistas oficiales de los países de Occidente, han procurado resolver este problema, mediante ruegos y razones sentimentales. Dicen que es obligación de todo matrimonio el tener tantos hijos como Dios quiera, aun cuando no puedan ser sanos y felices. Por otra parte, los curas predican acerca de las alegrías sagradas de la maternidad, y pretenden que una familia numerosa, con niños enfermos y pobres, es una fuente de felicidad. El Estado refuerza estos argumentos diciendo que necesita carne de cañón, porque ¿cómo van a funcionar estas ingeniosas y refinadas armas destructivas si no quedan individuos suficientes a quienes destruir? Por muy extraño que parezca, los padres aceptan estas razones aplicadas a los demás; pero las rechazan al aplicarlas a sí mismos. La psicología de los curas y de los patriotas es desconcertante. Los curas pueden tener éxito mientras puedan amenazar con el fuego del infierno; pero tales amenazas nos las toma hoy en serio sino una minoría. Y no hay otra amenaza que pueda controlar la conducta en asunto tan esencialmente privado. En cuanto al Estado, sus razones son demasiado feroces. Puede haber quien esté de acuerdo con proveer carne de cañón; pero a ninguno le atrae la perspectiva de que sean sus hijos los elegidos. Por consiguiente, todo lo que el Estado puede hacer es fomentar la ignorancia de los pobres, esfuerzo que, según demuestran las estadísticas, no tiene éxito alguno, excepto en las naciones más atrasadas de Occidente. Muy pocos hombres o mujeres se decidirán a tener hijos, por la convicción de que es un deber social, aun cuando no fuese tan dudosa la existencia de tal deber. Cuando hombres y mujeres tienen hijos, los tienen por creer que son un elemento de felicidad o porque ignoran los procedimientos para no tenerlos. Esto último ocurre todavía con frecuencia, pero en progresión francamente descendiente. Y ni la Iglesia ni el Estado pueden hacer nada para contener esta tendencia. Es necesario, pues, si las razas blancas quieren sobrevivir, que la paternidad vuelva a ser para los padres un motivo de felicidad.

Si consideramos la naturaleza humana, prescindiendo de las circunstancias actuales, es evidente que la paternidad es capaz de proporcionar psicológicamente la felicidad más grande y duradera de la vida. Esto, no cabe duda que es más cierto con respecto a las mujeres que a los hombres; pero en los mismos hombres es más frecuente de lo que se suele suponer. Se da por supuesto en casi todas las literaturas anteriores a la actual. Hécuba se preocupa de sus hijos más que de Príamo; Mac Duff se interesa más por sus hijos que por su mujer. En el Antiguo Testamento, a hombres y mujeres les apasiona el dejar descendientes; en China y el Japón esta tendencia persiste todavía. Se dirá que este deseo es debido al culto por los antepasados; pero yo creo que lo cierto es precisamente lo contrario, que el culto de los antepasados es un reflejo del interés que se tenga en la persistencia de la familia. Volviendo a las mujeres con profesión, de que hablábamos más arriba, es evidente que el deseo de tener hijos debe ser muy fuerte, pues si así no fuera, ninguna haría los sacrificios que son necesarios para ello. En cuanto a mí, hablando personalmente, la alegría de la paternidad constituye la felicidad más grande de mi vida.

LA FELICIDAD PATERNAL

La familia se basa, naturalmente, en el hecho de que los padres sientan por sus propios hijos un cariño especial, distinto del que se tienen entre sí y del que sienten hacia los otros niños. Es cierto que algunos padres tienen poco o ningún afecto paternal, y es cierto, asimismo, que algunas mujeres son capaces de querer a hijos ajenos casi tanto como a los propios. Sin embargo, es cierto, de un modo general, que el afecto paterno es un cariño especial que los seres humanos normales sienten hacia sus propios hijos y no hacia otros. Esta emoción la hemos heredado de nuestros antepasados animales. En este aspecto, Freud no me parece muy biológico, pues cualquiera que observe un animal hembra con su prole, notará que su actitud hacia ella es completamente distinta de la que adopta ante el macho con el que tiene relaciones sexuales. Y estas mismas normas, instintivamente diferentes, existen entre los seres humanos. Si no existiera esta emoción especial, no haría falta hablar de la familia como una institución, pues los hijos podrían estar al cuidado de gentes profesionales. Sin embargo, el cariño especial que los padres sienten por los hijos, siempre que no estén atrofiados sus instintos, es de valor, tanto para los padres como para los hijos. El valor del afecto paterno para los hijos, reside en el hecho de que es más seguro que cualquier otro afecto. Los amigos se quieren por sus cualidades y los amantes por sus atractivos; si las cualidades o los atractivos disminuyen, la amistad y el amor pueden desvanecerse. Pero precisamente en los momentos de infortunio, de enfermedad o de desgracia es cuando se puede contar más con los padres verdaderos. A todos nos agrada que se nos admire por nuestras cualidades, pero la mayor parte somos bastante modestos para comprender que esa admiración es precaria. Nuestros padres nos quieren porque somos sus hijos, y ésto es un hecho inalterable, así que con ellos nos sentimos más seguros que con cualquier otro. En épocas de éxito, ello puede carecer de importancia; pero en épocas de fracaso, es un consuelo y una seguridad que no podemos encontrar en otra parte.

En todas las relaciones humanas es muy fácil conseguir la felicidad para una de las partes; pero es mucho más difícil que lo consigan las dos partes. Es posible que el carcelero goce vigilando al preso, que el amo goce intimidando a su empleado, que el gobernante goce gobernando a sus súbditos con mano dura, y que el padre a la antigua goce recomendando la virtud a su hijo por medio de la vara. Pero todos ellos son placeres parciales; la situación no es tan agradable para la otra parte. Hemos llegado a comprender que no son satisfactorios los placeres desiguales; creemos que toda relación humana debe ser satisfactoria para ambas partes. Esto es particularmente cierto en las relaciones de los padres con los hijos, con el resultado de que los padres obtienen menos satisfacciones de sus hijos que antiguamente, y que, recíprocamente, los hijos sufren menos al ser educados por sus padres que en generaciones anteriores. No creo que haya alguna razón positiva para que los padres gocen menos con sus hijos que en otras épocas, aunque es cierto que ello ocurre en la actualidad. Ni creo tampoco que haya razón alguna para que los padres fracasen al aumentar la felicidad de sus hijos. Pero se requiere para ello, como para todas las relaciones de igualdad a que el mundo moderno aspira, una cierta ternura y delicadeza, un cierto respeto hacia la personalidad ajena, que no está muy de acuerdo con la lucha de la vida corriente. Debemos considerar la felicidad paternal en su esencia biológica y en esta actitud hacia los otros, de que hablamos, como esencial en un mundo que cree en la igualdad.

Aunque yo conceda mucha importancia a la emoción paternal, no sostengo que las madres deban agotar todas sus posibilidades en favor de sus hijos. Este convencionalismo tenía explicación en la época en que todo lo que se sabía de puericultura eran los escasos conocimientos anticientíficos que las madres transmitían a las hijas. Hoy hay muchas cosas en el cuidado de los niños que se hacen mucho mejor por especialistas. En lo que se refiere a lo que se llama su "educación", esto está admitido. No hay que pedir a una madre que eseñe a su hijo el cálculo integral, por mucho cariño que le tenga. En lo que se refiere a la adquisición de conocimientos intelectuales, todo el mundo está de acuerdo en que pueden adquirirlos mejor de quienes los poseen, que de la madre que carece de ellos. Pero en otros aspectos de la educación no se admite esto porque se reconoce la experiencia necesaria. No cabe duda de que hay cosas que nadie puede hacer como la madre, pero a medida que el niño crece, aumenta el número de cosas que pueden hacerlas mejor otras personas.

Si esto fuera generalmente admitido, las madres se evitarían una gran cantidad de trabajo fastidioso para ellas porque son incompetentes para realizarlo. Una mujer que ha conseguido sobresalir en una profesión, debiera estar libre para dedicarse a ella, a pesar de la maternidad, en interés suyo y en interés social. No podría hacerlo durante los últimos meses del embarazo y durante la lactancia, pero un niño de nueve meses ya no debe constituir una barrera insuperable para las actividades profesionales de la madre. Si la sociedad exige de la madre sacrificios irrazonables, la madre que no sea excepcionalmente santa, esperará de su hijo compensaciones mayores de las que tiene derecho. Las madres de quienes se dice convencionalmente que se sacrifican, suelen ser, en una gran mayoría de casos, excepcionalmente egoístas con respecto a sus hijos, porque por muy importante que sea en la vida la paternidad, no debe considerarse como toda la vida, y el padre insatisfecho es probable que sea un padre emocionalmente avaro. Importa, pues, tanto a los hijos como a la madre que la maternidad no les aparte de otras ocupaciones e intereses. Si tiene vocación real para cuidar a los niños y la cantidad de conocimientos que le permitan cuidar bien a los propios, su aptitud debiera ser aprovechada encargándole que se cuidase, al mismo tiempo que de los propios, de un grupo de niños ajenos. Es justo que los padres que cumplen el mínimum de sus obligaciones con el Estado, puedan exponer su opinión acerca de cómo y por quién deben ser educados sus hijos. Pero no debiera exigirse convencionalmente a la mujer que haga por sí misma lo que otra puede hacer mejor. Las madres que se sienten desconcertadas e incompetentes con sus propios hijos, cosa que es frecuente, no debieran dudar en enviarlos a que los cuidaran mujeres con la suficiente aptitud y entrenamiento para ello. No hay instinto bajado del cielo que enseñe a las mujeres lo que hay que hacer con sus hijos, y la solicitud excesiva es una simulación del afán de posesión. Muchos niños se malogran psicológicamente por una ignorante y sentimental educación materna. Siempre se ha admitido que los padres no pueden ocuparse mucho de sus hijos, y, sin embargo, los hijos pueden querer a sus padres tanto como a sus madres. La relación de madre a hijo se parecerá en lo sucesivo cada vez más a la relación del padre, si las mujeres han de libertarse de una esclavitud innecesaria y los niños han de beneficiarse del progreso en los conocimientos científicos acerca de la educación física y mental de los primeros años infantiles.

Una Explicación de los Calendarios Habituales

Por JUAN DANTIN CERECEDA

PRELIMINARES

EN estos momentos en que de nuevo se habla de la reforma del calendario, hemos adoptado el año de trece meses de treinta días, hemos entendido que acaso parece oportuno recordar los diferentes cómputos inventados por los hombres mediterráneos, desdeñando por ahora los calendarios de otros pueblos.

Se advertirá cuán grandes y diferentes han sido los esfuerzos (plenos de afanes y dificultades) para buscar, sin hallarlos, cómodos divisores a la duración del año. Los cristianos se sirven del año solar; los musulmanes se inspiran en las fases de la Luna, y los hebreos, en el concierto y enlace de los movimientos del Sol y de la Luna.

CALENDARIO JULIANO

EL calendario juliano es, en líneas generales, prolongación del viejo calendario romano, reformado por Julio César. El mundo cristiano no ha establecido su origen sino en 1 de enero del año siguiente, según la tradición, al nacimiento de Jesucristo: cuarenta y cinco años después de la reforma juliana, que es el año primero de la era vulgar o cristiana.

La duración media del año (en números redondos, trescientos sesenta y cinco días y seis horas), su distribución en doce meses y el número de días de que cada uno de ellos se compone son los mismos que en el calendario reformado por Julio César.

La fracción (un cuarto de día aproximadamente) que forma parte de la duración media del año obliga a que cada tres años comunes de trescientos sesenta y cinco días vayan seguidos regularmente de un año bisiesto de trescientos sesenta y seis días.

El día complementario o intercalar se añade al mes de febrero — compuesto en este caso de veintinueve días —, y es, como se sabe, el 29 de febrero.

Ahora bien: tanto en el calendario romano cuanto en el eclesiástico, su derivado, los días no sólo se reconocen por su fecha o posición en el mes, sino por otras características. En los años bisiestos, las características ordinarias de los días 24, 25, 26, 27 y 28 de febrero se trasfieren a los días 25, 26, 27, 28 y 29; de manera que, poseyendo los días 24 y 25 las mismas características, el día 24 es en realidad el verdadero día intercalar. Como habitualmente se le nomina sexto die ante calendas martias, se convierte en bis sexto ante calendas, de que procede la palabra bisiesto.

CALEND. GREGORIANO

PARA entender la hondura y el alcance de la llamada reforma gregoriana es menester comenzar por distinguir la duración del año sideral y la del año trópico.

El año sideral es el tiempo que ha de transcurrir necesariamente para que la longitud media del Sol, contada a partir de un equinoccio fijo, aumente en 360 grados. Su duración, en tiempo medio, es de 365 días, 6 horas, 9 minutos y 9,5 segundos.

El año trópico es el tiempo que necesariamente ha de transcurrir para que la longitud media del Sol, contada a partir del equinoccio movible, se acrezca en 360 grados. Pero a consecuencia de la precesión de los equinoccios, el año trópico es en duración algo más reducido que el año sideral. Su duración — que puede determinarse con gran precisión — varía en muy estrechos límites con el tiempo — 0,53 segundos por siglo — y en 1900 tenía un valor de 365 días, 5 horas, 48 minutos y 45,98 segundos.

El año trópico, es decir, el valor medio del período de tiempo transcurrido entre dos pasos consecutivos del Sol por el equinoccio de primavera, tiene de duración once minutos menos que el año juliano.

En consecuencia, el comienzo del año juliano se retrasa progresivamente respecto del año trópico correspondiente unos tres días cada cuatrocientos años aproximadamente. Si pues, dado el carácter solar del año de nuestro calendario, se pretende que las estaciones anuales aparezcan siempre en las mismas épocas, y muy especialmente que el equinoccio de primavera se presente en fecha inmediata al 21 de marzo, era de necesidad introducir la pertinente corrección en el calendario juliano. La fecha media del equinoccio de primavera fué, efectivamente, la del 21 de marzo cuando en el año 325 la estableció el Concilio de Nicea.

La reforma gregoriana, ordenada a fines del siglo XVI (1582) por el Papa Gregorio XIII, tuvo, pues, por propósito principal restablecer la perdida concordancia entre el calendario del mundo cristiano y el movimiento aparente del Sol.

El retraso del año juliano era en dicha ocasión de cerca de diez días, y así, para caminar al compás del Sol, el Papa decretó la supresión de diez días; de modo que el jueves 4 de octubre de 1582 fué inmediatamente seguido en Roma del viernes 15 de octubre, sin alteración del orden en que se suceden los días semanales.

De otra parte, como la intercalación juliana produce al cabo de cuatrocientos años un exceso de 3 días aproximadamente, se convino igualmente, para mantener inalterable la simultaneidad entre el calendario y el movimiento aparente del Sol, fuesen comunes tres años seculares de cada cuatro. Por tal razón solamente fué y serán bisiestos los años seculares 1600, 2000 y 2400, etc.; pero no lo fueron 1700, 1800 y 1900.

Se sigue que cuatro siglos gregorianos contienen un número de días igual a

$365{,}25 \times 400 - 3 = 146.097$

o en otra equivalencia: la duración media del año gregoriano es de 365 días 2425, ó 365 días, 5 horas, 49 minutos y 12 segundos. (Muy poco diferente de la duración del año trópico, que, según Newcomb, es de 365 días 24219879, o sean 365 días, 5 horas, 48 minutos y 45,98 segundos).

Todos los pueblos cristianos, católicos y protestantes, han adoptado el calendario gregoriano (Inglaterra, en 1752), y algunos no cristianos, como el Japón (en 1873) y China (desde 1912).

Unicamente los cristianos de la Iglesia griega ortodoxa continúan sirviéndose del calendario juliano, y su retraso es ya de trece días con respecto a nuestras fechas.

CALENDARIO MUSULMAN

EL calendario musulmán comienza en el año 1 de la héjira (viernes 16 de julio del año 622 después de Jesucristo). Los meses se inspiran en los movimientos de la Luna, y son de veintinueve o de treinta días, componiéndose el año de trescientos cincuenta y cuatro o de trescientos cincuenta y cinco días, repartidos en los doce meses siguientes:

Moharem, treinta días; Safar, veintinueve; Rebi primero, treinta; Rebi segundo, veintinueve; Yumada primero, treinta; Yumada segundo, veintinueve; Reyeb, treinta; Schaaban, veintinueve; Ramadán, treinta; Schual, veintinueve; Zu'l-cadeh, treinta; Zu'lheyeh, veintinueve o treinta.

El año musulmán es, pues, únicamente lunar y ofrece diez u once días de diferencia en menos respecto del año solar.

El ciclo lunar de los musulmanes está integrado por treinta años lunares, tras de los cuales los años comunes de trescientos cincuenta y cuatro días y los años abundantes de trescientos cincuenta y cinco días se suceden en el mismo orden. En la totalidad de los años del ciclo lunar, diez y nueve son años comunes, y once son abundantes, siendo de estos últimos los que ocupan los números 2, 5, 7, 10, 13, 16 (según ciertos autores, el 15), 18, 21, 24, 26 y 29. Los musulmanes empiezan a contar el día a partir de la puesta del Sol.

CALENDARIO HEBREO

EN este calendario, de carácter lunisolar, los meses, lunares, contienen veintinueve o treinta días, y el año puede ser común — si se compone de doce meses lunares — o embolísmico — cuando está compuesto de trece meses lunares. A su vez, el año común puede ser defectivo, regular o abundante, si contiene trescientos cincuenta y tres, trescientos cincuenta y cuatro o trescientos cincuenta y cinco días, respectivamente; el año embolísmico puede ser igualmente defectivo, regular o abundante, si contiene trescientos ochenta y tres, trescientos ochenta y cuatro y trescientos ochenta y cinco días, respectivamente.

Los años comunes y los embolísmicos se suceden en orden tal, que después de un ciclo de diez y nueve años el principio del año lunar israelita coincide con el comienzo del año solar. Dicho ciclo lunar de los hebreos — tomado de los antiguos griegos — comprende doce años comunes y siete años embolísmicos (el 3, 6, 8, 11, 14, 17 y 19).

Los doce meses hebreos del año común, son: Tisseri, Hesvan, Kislev, Tebeth, Schebat, Adar, Nissan, Iyar, Sivan, Tamuz, Ab y Ellul.

En años embolísmicos se intercala entre Adar y Nissan el mes de Véadar, compuesto siempre — sea el año defectivo, regular o abundante — de veintinueve días.

Los meses de Tisseri, Schebat, Nissan, Sivan y Ab tienen siempre treinta días; los de Tebeth, Iyar, Tamuz y Ellul contienen siempre veintinueve días. En cuanto a los restantes, he aquí el cuadro del número de sus días, según se trate del año común o el embolísmico, y en cada uno de ellos, de años defectivos, regulares o abundantes:

Nombre del mes	AÑO Común D.	R.	A.	Embolísmico D.	R.	A.
	(Número de días)					
Hesvan . .	29	29	30	29	29	30
Kislev. . .	29	30	30	29	30	30
Adar	29	29	29	30	30	30

El día israelita comienza, como el musulmán, con la puesta del Sol.

CALEND. REPUBLICANO

EL calendario republicano francés comenzó el 22 de setiembre de 1792, fecha coincidente con el equinoccio de otoño en aquel entonces y la fundación de la República a la apertura de la Convención. Estuvo en uso hasta el 1 de enero de 1806, y fué abolido por Napoleón.

El año comienza a medianoche, con el día civil en que se verifica el equinoccio verdadero de otoño para el Observatorio de París. Es, pues, año cuya duración, para ser determinada, necesita de un cálculo astronómico preciso. No se olvide que dicho cómputo fué elaborado en tiempos del culto a la Razón.

En este calendario los meses tienen todos igualmente treinta días, y los días complementarios, pospuestos al último mes, son en número de cinco o de seis, según que el año deba tener trescientos sesenta y cinco o trescientos sesenta y seis días. Los nombres de los doce meses se apartan de los romanos y julianos, y, en pleno triunfo de la filosofía, fueron los de Vendimiario, Brumario, Frimario (otoño), Nivoso, Pluvioso, Ventoso (invierno), Germinal, Floreal, Pradial (primavera), Messidor, Termidor, Fructidor (verano), inspirados en el culto amable a la Naturaleza y en las fases estacionales de la vegetación y del año.

En estos nombres de los meses — creados por el poeta dantonista Fabre d'Eglantine — va prendido un íntimo y directo homenaje a Rousseau, el soñador de la casita de las Charmettes, y un lejano recuerdo de Fontenelle, quien quería abrir para las damas — dice Kant — un salón entre los planetas.

El mes se divide en tres décadas, y cada uno de los diez días de la década se designa sucesivamente con los nombres de primidi, duodi, tridi, quartidi, quintidi, sextidi, septidi, octidi, novdi, décadi.

Los años I, II, III, V, VI y VII de la República comenzaron (1 de Vendimiario) el 22 de setiembre; el año XII (1803) comenzó astronómicamente el 24 de setiembre, y los restantes, el 23 de setiembre, coincidentes todos con el momento del equinoccio otoñal.

★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆



Mirella

QUINCE años florecidos como varita'e nardo
y un cuerpecito que arrastra las miradas;
dos ojazos azules anegaos'e ternuras
y una boca que arrea en tropiya las ansias.
Le basta una sonrisa pa que florezcan sueños;
le basta una mirada pa iluminar las almas.

. . . .

Como si le doliera ser tan linda,
s'ennegrece los ojos y se pinta la cara.

Ilustró GOIDA — E. Orozco Zárate

Lenin Era un Gran Nadador

(Ilustró PREMIANI)

A fines de junio de 1917, Lenín se hallaba fatigado hasta el agotamiento. En la vida política se había iniciado una etapa de tranquilidad. Los camaradas pedían a Lenin que se tomase un descanso.

También yo me trasladé por entonces en busca de descanso, al lado de mi familia, que vivía en aquel tiempo cerca de la estación Mustamiaki, en la línea del ferrocarril de Finlandia, en el pueblo de Neivola, donde poseíamos una pequeña casa de campo. Lenin había manifestado varias veces su propósito de ir a verme, a respirar aire puro; pero sus trabajos se lo impedían de continuo. Al irme al campo, les dije una vez más a él, a Esperanza Constantinovna y a María Ilitchna, que las habitaciones a ellos destinadas estaban dispuestas, y que sólo esperaban a sus ocupantes.

Tenía yo pocas esperanzas de que Lenin pudiera llegar a escaparse del infierno de Petrogrado, aunque sabía que había perdido casi por completo el sueño, que empezaba a sentir fuertes dolores de cabeza, que se estaba quedando muy pálido y que en sus ojos se traslucía un cansancio tremendo.

De pronto, cuando menos lo esperaba, el 27 de junio, a las 5 de la tarde, aproximadamente, me quedé mirando sin dar crédito a mis propios ojos; hasta me parece que me desconcerté un poco: por la escalerilla del balcón subía Demián Bedny, ocultando casi con sus anchas espaldas a los demás, y, tras él, Lenin, con una maleta pequeña en la mano, y María Ilitchna.

Demián, riéndose y haciendo chistes, lleno de la natural alegría, chillaba.

—¡Mire qué visita le traigo!

Resultó que Lenin había decidido de improviso venir al campo a descansar, y desde la misma estación, obedeciendo a una antigua costumbre, se dirigió, no al lugar donde pensaba habitar, sino a casa de Demián, en un coche de punto, y desde la casa de Demián, después de despedir el coche, a mi casa, recorriendo a pie kilómetro y medio. Como sabíamos que Lenin sentía a menudo verdadera necesidad de quedarse completamente solo, le enseñamos en seguida las habitaciones, pequeñitas, que teníamos reservadas para él y María, y le pusimos al tanto de cómo repartíamos el día, a qué horas comíamos, etc., para dejarle así en completa libertad.

La primera tarde, cuando empezó a extenderse sobre todas las cosas el plácido sosiego característico del anochecer, mientras una brisa casi imperceptible agitaba ligeramente la niebla, y el sol, en su ocaso, envolvía todo en doradas tintas, azules sobre los campos, al paso que el horizonte parecía invadido por un resplandor de fuego, rompía a cantar de cuando en cuando sobre el inmenso lago, medrosamente, algún pájaro, y poco a poco iban apareciendo las aves nocturnas, que con tranquilo vuelo, sin hacer apenas ruido, pasaban volando sobre nosotros. A veces se dejaba ver algún murciélago, que desviaba bruscamente su vuelo al oir el grito del mochuelo. Todo estaba tranquilo, adormeciéndose con la música de los grillos y de otros animalitos que empezaban su vida nocturna. Lenin, retrepándose en un sillón, se quedó pensativo, mientras todos guardábamos silencio en torno suyo, comprendiendo que no era hora de hablar. ¡Era todo tan apacible!

—¡Qué bien se está aquí! — dijo Lenin con voz serena, lentamente, y se hundió de nuevo en sus propios pensamientos.

Mi corazón se conmovió.

¡Qué cansado está! — pensaba yo. — ¡Qué falta le hace descansar! Descansar sin que nadie lo estorbe; para que pueda acometer la inmensa lucha que le aguarda.

Así nos pasamos horas y horas sentados, sin hablar apenas, cambiando únicamente de tiempo en tiempo alguna palabra.

"¿Por qué es tan sencillo?" — me preguntaba muchas veces entre mí, observando su cariñosa e íntima sencillez.

"Porque es tan grande", era la respuesta que sentía dentro de mí.

Se puso en pie y se dirigió poco a poco a su habitación. Vera Mijailovna, a quien preocupaba sobre todo su falta de sueño, le rogó que antes tomase la medicina que ya le tenía preparada en un vasito. El, obediente, la tomó, como si quisiera dar gusto a todos, y tranquilo, pensativo y triste, subió a su aposento.

—¡Si durmiese! — me dijo Vera Mijailovna.

Nos despedimos de María Ilitchna. Los que se quedaron abajo hablaban a media voz, andaban de puntillas, como si temieran turbar la tranquilidad de la hermosa noche de junio, que envolvía el reposo de Lenin. Y este reposo era sagrado para nosotros. A la mañana siguiente supimos que Lenin había dormido aquella noche mucho mejor que toda la última temporada; por lo menos había logrado pasar la noche sin dolor de cabeza, medio dormido.

Se levantó muy despejado.

—¡Qué puro es aquí el aire! Es realmente magnífico — dijo, saliendo al jardín y examinando nuestro pequeño huerto. En seguida, me asaltó a preguntas:

—¿Qué tal es aquí la tierra? ¿Hace falta mucho abono? ¿Qué produce el huerto? ¿Da bastante para su familia? ¿Hay que regarlo mucho? ¿Hace falta escardar mucho?

—Pero ¿para qué voy a hablar con usted? — dijo en tono jovial —. Usted, desde luego, dirá que todo está bien. Mejor será que pregunte a la niñera.

E inmediatamente se puso a interrogar a nuestra niñera, que había salido al jardín y era, de todos nosotros, la que más trabajaba en el huerto en cuanto tenía algún rato libre.

Lenin tomó buena nota de lo que le decíamos.

—¿Y nosotros tenemos eso?

—Desde luego que no.

—Ya veo que aquí voy a poder descansar muy bien — dijo Lenin tomándome del brazo —; pero sólo me quedaré con una condición: que usted anote todos los gastos y después nos los repartiremos como buenos camaradas — me dijo casi al oído —. Le ruego que lo haga así; de esa manera estaré tranquilo. ¿Me lo promete?

Poco a poco, le volvió el sueño, y se encontraba con más fuerzas.

Algunas veces, las más de ellas, acompañado por María Ilichna, otras en compañía de todos nosotros, se iba de paseo hacia el lago, en cuya orilla le gustaba sentarse. Algunas veces iba yo a bañarme con él; pero pasaba serios temores, porque él, como nadador excelente que era, se marchaba lejos, hasta el centro del inmenso lago, cuya orilla opuesta se percibía tan sólo como una rayita azul que desaparecía en la niebla lejana, y allí se acostaba sobre las olas, dejándose mecer por ellas.

Yo sabía que en el lago había corrientes frías, y así se lo advertía, añadiendo que el lago era de naturaleza volcánica y, por consiguiente, muy hondo, que había en él remolinos, y que cada año se ahogaba en sus aguas bastante gente, por lo cual era preciso andar con cuidado y no alejarse mucho de la orilla.

Pero, como si no le dijera nada.

—¿Dice usted que se ahogan? — me preguntaba Lenin, desnudándose.

—Sí; aun no hace mucho...

—Bueno, pero nosotros no nos ahogaremos.

—¿Corrientes frías, dice? Poco agradable es. Pero luego tomaremos el sol.

—¿Es muy hondo?

—Más hondo no puede ser.

—Va a ser cosa de que intente llegar al fondo.

Acabé por comprender que más valía no hacerle ninguna advertencia, ya que a un apasionado del deporte como él, lo que se conseguía con tales advertencias era animarle más a desoírlas.

No ha tenido uno tiempo siquiera de volver la cabeza, cuando echa a correr por la orilla, luego brilla como un delfín y, de repente, ¡zás!, se hunde de cabeza en el agua y desaparece. Y ya no se le ve.

¡Qué pensamientos me acudían en esos momentos, en aquellos minutos interminables!

De pronto, allá lejos, muy lejos, inesperadamente, surgía del agua, se volvía de espaldas y parecía sentarse en las olas, hundido en ellas hasta la cintura, arreglándose el pelo con las dos manos, que con el sol parecía una corona que brillaba sobre su cabeza; luego se enjugaba la cara, gritaba, llamándome, parecía tan contento...

—Pero, ¿qué hace usted? ¡Aquí se está formidablemente! ¡Se está muy bien!

Está jugando con el agua, se agita en ella, se chapuza y parece como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa que nadar y estar siempre en el agua. Y de improviso vuelve a desaparecer. Espera que te espera. Y que no se le ve por ninguna parte. Y, de repente, aún más lejos, ya está nadando; sólo se le ve la cabeza. Ahora se tiende boca arriba, descansa, y de pronto da media vuelta y va hacia la orilla, ¡pero a qué marcha! Parece una gasolinera. La cabeza, grande, se ve desde lejos; brillan sus ojos.

—No he podido tocar fondo. Está muy hondo aquello. ¡Qué bien!

Y otra vez a nadar, y otra vez desaparece.

Por fin parece decidirse a volver a casa. Da media vuelta y, de repente, y a todo nadar, se dirige a la orilla. Está cada vez más cerca, parece que va a salir; pero todavía no puede despedirse del agua; salta, da vueltas...

—Pero, ¿cuándo le sacará Dios a tierra? — me pregunto, intranquilo.

Y de repente sale del agua a la orilla como una bola y se pone a jugar en la misma orilla con las olas. Juega, juega y, por fin, sale.

¡Por fin!

Está contentísimo. Entusiasmado con el lago. Le encanta la diferencia de temperatura del agua. Dice que cuando entró en la parte más fría le parecía sentir como una quemadura. Después se pasó al sol. Y buceaba muy hondo; no se veía nada, ni fondo, ni yerba, el agua estaba oscura.

Se ríe de los que tienen miedo al agua; dice que mañana volverá a bañarse. Veo que la cosa se pone seria.

No hay que pensar en hacer que venga nadie con nosotros y buscar buenos nadadores. Se enfadará, no volverá a bañarse; pero, por otra parte, tampoco quería yo privarle de ese gusto. Y, al mismo tiempo, tenía miedo. El lago es realmente peligroso.

Hasta los pescadores finlandeses, a pesar de haber nacido aquí, lo temen, y se bañan únicamente cerca de la orilla.

¿Qué hacer?

Me decidí, sin que lo supiera Lenin, a arreglar un botecillo que manejaba yo a la perfección; como que en tiempos había llegado incluso a ganar con él algunas regatas. Aquel mismo día me dispuse a llevar la embarcación más cerca del sitio en que nos bañábamos.

Algunos conocidos me saludaron, preguntándome:

—¿Quién se bañó ayer con usted? ¡Vaya un nadador!

—Es un marinero de la flotilla del Báltico, un pariente mío — miento —. Vino aquí a descansar, pero al ver el agua, se tiró en seguida, como un pato, a nadar.

—Ya se ve que es marinero. ¡Cómo nada!

En seguida se corrió la noticia de que había llegado un excelente nadador, oficial de la flota del Báltico, y al día siguiente ví, con el consiguiente susto, a la hora del baño, que había más gente que de costumbre en la orilla del lago. No dije nada del caso a Lenin, pero otra vez que quiso bañarse procuré retrasar el baño un par de horas. No me gustaba que llamara la atención de los campesinos y de los veraneantes.

Observó que, a pesar de ser muy vasta la orilla del lago y de que formaba una rampa muy cómoda para el baño, como una verdadera playa, había pocos bañistas, y aún éstos se escondían.

—En el extranjero — me dijo — eso ya pasó a la historia. Allí no disponen de lugares tan grandes como éste, pero en Alemania, por ejemplo, se bañan en los lagos muchos obreros y veraneantes en el tiempo de calor, y todos libremente, revueltos hombres y mujeres, desde la misma orilla. ¡Cualquiera diría que la gente no puede desnudarse decentemente e irse a bañar sin hacer porquerías, respetándose unos a otros!

—Desde luego — respondí a sus palabras —; pero aquí, por desgracia, hay muchos golfos y una curiosidad realmente anormal. Dada la falta general de cultura, todo ello da lugar no sólo a incidentes desagradables, sino a escándalos, inclusive.

—Pues hay que luchar contra eso, a todo trance. Aquí habrá que adoptar severas medidas. Por ejemplo, no dejar bañarse a cierta gente en lugares públicos o echándola de la playa. Los bañistas tienen que organizar, fijar sus normas obligatorias para todos. Mire usted, en el extranjero se baña todo el mundo, cientos de miles de personas juntas, y no sólo con trajes de baños, sino, de vez en cuando, sin ellos, pero nunca se ven escándalos. Hay que luchar contra esto. Tenemos que dar cima a una tarea importante: hay que reformar la vida, simplificándola y dándole más libertad, sin las tonterías del clero, y de la gente de malas costumbres.

Por V. Bonch Bruevich
Autor de "En los Puestos Avanzados de la Revolución"

Piel Natural

Ocre

Rosado

Caja Tricolor
Unica en el mundo

LE SANCY

En cajas: Piel natural, Rachel, Ocre, Morocho, Rosado, Tricolor y Chair (Ultima moda)

Caja Grande $1.90

Caja Media $0.70

Infinitas combinaciones...

Una sola caja de polvos, **de un solo tono**, en el tocador de una dama elegante, es algo del pasado.

Las señoras que se preocupan celosamente de su estética femenina, necesitan, para destacar sus encantos, tener al alcance de sus manos tres tonos de polvos: **ocre, piel natural y rosado.**

La caja de polvos Le Sancy TRICOLOR resuelve este problema de estética femenina.

Manejando el cisne como si fuera un pincel, pueden lograrse todos los efectos deseados, combinando los tres tonos para realzar o atenuar los detalles del rostro, escote y brazos.

No deben mezclarse los Polvos Le Sancy con otras marcas no transparentes, pues se anularán sus efectos cromáticos.



L.S.5. Est. Rivadavia transmite Lunes, Miércoles y Viernes de 21.30 hasta 22.30 hs. la "Hora Selecta" de Dubarry